

Irene Martínez
Maestría

Una nueva obsesión la atormentaba. El futuro era un espejismo, un lienzo en blanco que quería decorar con colores vivos en la gama de cálidos y fríos. Un reflejo de su vida. Acabaría con las brumas, grises, blancos y negros. Luces y sombras que impregnaban su realidad.

Una noche de tormenta, estaba cobijada bajo las cubiertas de la cama. No podía dormir. Le gustaba escuchar la musicalidad del agua y presenciar el concierto de rayos y truenos. Sin embargo, cerró los ojos de forma involuntaria. Una luz intensa la sobresaltó y le hizo incorporarse. Tras los cristales una imagen desdibujada. Su fantasía se desbordó. Le recordó al Arcángel Gabriel en la Anunciación de Fray Angélico. Eloysa sintió que era una señal de esperanza. Desconcertada se acercó a la ventana. Reinaba el silencio. Los nubarrones se diluían y juguetones correteaban por el cielo, tonalidades que mostraban una escena sobria, serena y de una gran belleza.

Encendió un sahumerio, una vela de color azul, y se dispuso a escribir su sensación en el cuaderno-diario que compró en su última visita a la ciudad. Tinta negra que se deslizaba sobre el papel virgen y que de forma automática avanzaba con trazos firmes y seguros. No prestaba atención a lo que escribía, se dejaba llevar por los impulsos del corazón. Quería impregnar la esencia de la experiencia vivida. El día comenzaba a clarear y de pronto, se sintió cansada, muy cansada. Aún tenía tiempo, afortunadamente era sábado y no tenía que acudir al consultorio.

Al despertar, tenía la mente despejada y concluyó que: Nada es casual, todo es causal. Existe un bosquejo, un plan perfecto que ha sido diseñado para nuestro mayor bien. Llevaba tiempo buscando señales y, ahora, tras el episodio de la noche pasada, debería tomarse su tiempo para ver cómo encajaba en este momento y ver cuál era el mensaje que debería captar y aplicar en su caso.

La soledad se convirtió en su fiel amiga. Demasiados años sin compartir la vida con alguien. Paseaba con ella misma, con sus recuerdos, anhelos e ilusiones. Este ánimo le proporcionaba paz y armonía.

Desde que se marchó a vivir al cortijo de la Sierra de Gata estaba desconectada del mundo. La vida la había decepcionado y eligió el camino del asceta para sobrevivir y encontrar su maestría purificando su espíritu. El camino de la virtud, a su edad, fue fácil. Sin embargo, le seguía costando liberarse de los apegos del alma; de la ilusión de un ego protagonista y perturbador al que tenía que enfrentarse continuamente. Mantenía una lucha interna con sus demonios y tuvo que aprender a practicar la humildad para aceptar la decisión de Dios. La vida no debería requerir esfuerzos, aprendió a no luchar en su contra. No hay luces sin sombra, ni alegría sin tristeza.

Eloysa, bajo el granado florido esperaba la visita de Dios. Estaba sentada con las piernas cruzadas, en posición de loto. Sus manos adiestradas marcaban un mudra para canalizar correctamente. Su atención en la respiración: inhalaba y exhalaba de forma consciente tal y como su maestro Adrián le había enseñado. Todas las mañanas esperaba el nacimiento de un nuevo día y nada más abrir sus ojos agradecía la bendición de Dios por el regalo de vida.

Seis meses atrás, sintió la necesidad de buscar y, sobre todo, de encontrar su camino del alma. Necesitaba florecer, despertar y transitar por las estaciones de la vida. Tras un reto de meditación de 21 días, había adquirido el hábito de meditar a primera hora de la mañana y cuando el sol se despedía y daba entrada a su amiga la

luna. De la mano de los latidos de la Tierra Madre, imaginaba unas raíces que brotaban de las plantas de sus pies. Atravesaban capa a capa hasta llegar a lo más profundo, al corazón de la Tierra, donde abrazaba el núcleo y, pulso a pulso, el latido impulsaba la energía y las raíces retornaban hasta llegar nuevamente a los pies cargadas de luz. Poco a poco, la luz ascendía por los miembros de su cuerpo y al llegar a la coronilla se abría un canal de luz que llegaba hasta el Sol, hasta el Universo, más allá de lo finito. La luz atravesaba un arcoíris sobre el planeta Tierra y retornaba a su Ser inundándolo de la sabiduría divina, un don que saboreaba día tras día mientras su inconsciente vagaba por el mundo celestial. Los pájaros ya no cantaban, no había brisa del aire, no sentía ni frío ni calor. Unos minutos eternos de placer que le hacían perder la noción del tiempo. Extasiada de ausencia, cambiaba la perspectiva y mágicamente descendían las respuestas a las preguntas que había elevado a la Divinidad. Tras la experiencia, regulaba su aliento de forma natural; poco a poco se iba activando, movía los dedos de los pies, de sus manos, unos estiramientos y volvía a la realidad abriendo sus ojos lentamente y esbozando una sonrisa.

Tras la visualización, realizaba unos sencillos estiramientos de yoga que le permitían armonizar y flexibilizar su ya oxidado cuerpo. Un susurro permanente de malestar corporal compartido con ella sin pedir permiso. Tras una ducha con agua templada, se preparaba un frugal desayuno que compartía con la naturaleza. No le importaba la estación del año, se adaptaba al medio y abrazaba cada estación: el frío del invierno, la introspección del otoño, el calor del verano y el despertar de la primavera. Sorbos humeantes de un café recién hecho con canela y jengibre; una tostada de pan con aceite del molino de su amigo Juan. Disfrutaba del momento, del ahora. Miraba de reojo al pasado y el anhelo del futuro incierto era sereno.

Entrenaba su cuerpo y su mente, vibraba desde su corazón y se enfrentaba a una página en blanco con la que conversaba y comentaba los mensajes que la deidad le comunicaba. Y después, después, dudando, de nuevo dudando, al releer lo escrito, intentando discernir si era o no fruto de una ensoñación.

La vida es lo que se hace con ella. No se resistía, fluía y confiaba. Una flor, no se resiste, se adapta al cambio, fluye y se abre con auténtica perfección. Así, era como ella se planteaba la vida.

La razón de su camino, la respuesta a todas sus preguntas fue modelando un nuevo proyecto. Fue canalizando mensajes. Desconectaba para conectar. Sentía y entendía cuál era su verdadera capacidad de amar, su misión.

Una suave brisa y olor a azahar impregnó una presencia mientras desayunaba una mañana de abril. Puso su corazón a caminar y escuchó la voz de su alma. Había estado lloviendo y el arcoíris coronaba la pradera. Sintió agitación en el pecho y una ensoñación se manifestó. Rehabilitaría la zona de las cuadras, las cochineras y los gallineros anexa a la casa de los guardeses y crearía un refugio de paz para egos perturbados, un encuentro de almas en busca de Alma.

Decidió seguir con el consultorio 9 lunas más. Tiempo más que suficiente para hacer la obra. Estaba muy ilusionada. A mano alzada, trazó planos muy básicos y comenzó a establecer nuevas estancias. Intentó conservar la distribución inicial, el sabor de la Naturaleza, el palpar de la vida de los animales que en su momento ocuparon la zona.

Bajó al pueblo a buscar al maestro de obra y una cuadrilla para que subieran al cortijo y así planificar la construcción. Estaban entusiasmados, hacía tiempo que sólo se encargaban de obras menores y el proyecto planteado suponía una fuente de ingresos considerables. La estructura era firme, habría que actualizar alguna teja que se había descolocado, instalar una zona de aseos, dormitorios, un gran salón con

chimenea y una pequeña cocina. Por otro lado, la restauración de la casa de los guardeses era más sencilla y respetaría la estructura actual.

El escenario era especial. Comenzó a meditar en el recodo que separaba el gallinero de la casa de los guardeses. Allí era capaz de canalizar inmediatamente y decidió instalar un pequeño altar.

Así fue como completó su Propósito. De niña soñaba con ser médico rural y lo consiguió. Compartía sus conocimientos médicos, con terapias alternativas que fueron bien acogidas por las familias que ya estaban acostumbradas a aplicar remedios caseros y naturales. Su misión se completó con La Tortuga, este susurro del alma que le brindó la oportunidad de acompañar a personas en su transitar por la vida. El retiro, su retoño, no tenía nombre, sólo la escultura de una gran tortuga blanca que se aparecía en sus sueños. Un símbolo de prosperidad, éxito y buena salud.

Nueve meses después el proyecto fue alumbrado. Invitó a las personas del pueblo que por curiosidad se acercaron sin saber lo que iban a encontrar. Allí descubrieron un lugar sencillo que les acogía y acunaba con el silencio. Un arrullo que les permitía sentir y emocionarse. Con el tiempo, comenzaron a llegar foráneos que buscaban un reducto de paz en el que sentir su corazón.

Todas las mañanas, mientras saboreo mi taza de café humeante con canela y jengibre, miro el sueño de mi tía Eloya y me hace sonreír con el corazón.